

Buscando a Adela

Alejandro Valdez

5 de junio de 2003

Cansado de caminar, Beto se acercó a la esquina. Los autos pasaban por ahí a gran velocidad. Según él lo veía, todo sucedía muy rápido a su alrededor: el caminar de las personas, la conversación de alguien con el diarero, el balancear del portafolio de una mujer que caminaba a su lado, dos niños con delantal y mochila que correteaban a su alrededor.

Cruzó la calle, caminó unos metros hasta la parada del colectivo. Unos minutos despues se detuvo el ómnibus. Con dificultad subió el primer escalón, hizo una pausa recordando la operación en su rodilla. Terminó de subir la escalerilla, el chofer lo aguardaba con comprensión y sin prisa. Tomó su boleto y se sentó en un asiento de la hilera de uno. El semaforo cambió a luz verde y el colectivo comenzó su marcha.

Beto dijo en voz baja: —Adela...— Ningún pasajero le prestó atención. Recordaba las tardes de sol en verano, a orillas del rio. Allí fue donde Beto había pedido en matrimonio a Adela. En su recuerdo podía ver su rostro, su sonrisa, su mirada siempre brillante, que brillaba aún mas cuando lo miraba a él. La extrañaba mucho y deseaba abrazarla, sentir su calor.

—Tengo frío— Pensó Beto. El saco que llevaba tenía un agujero en cada codo, la camisa era de una tela muy desgastada, tanto que casi era translúcida. Se notaba que en algún momento fue de color celeste. Se dió cuenta que debió traer mas abrigo.

Tocó su cabello, estaba desalineado y crecido. Lo acomodó, buscó en los cristales un reflejo para poder verse, pero no lo logró; la luz entraba por los cristales con tanta intensidad que no permitía reflejo alguno.

—Creo que tengo el cabello un poco crecido. Adela lo cortará, es buena peluquera— Pensó Beto.

El colectivo bordeó una plaza, unas cuadras despues Beto tocó el timbre y bajó. Entró a la peluquería. Hacía calor dentro y eso lo reconfortó.

—Hola, estoy buscando a Adela— Dijo Beto.

—Adela?— Preguntó Horacio —Aquí no hay ninguna Adela señor—

—Pero esta no es la peluquería?—
—Si—
—Y es la avenida Joaquín Herrera?—
—Si señor—
—Bueno, entonces este es el local de Adela, quién es usted?—
—Yo soy el dueño del salón y usted?—
—Mi nombre es Alberto, estoy buscando a mi esposa que trabaja aquí.—
—Como le dije, no trabaja nadie con ese nombre, solo somos mi mujer y yo—
Contestó Horacio.
Beto se sentía confundido, también estaba cansado y tenía mucha necesidad de sentarse y tomar un descanso. Desconcertado, contestó:
—Me habré equivocado de lugar. Discúlpeme por favor.— Dió media vuelta y salió del salón. En la calle soplaba mucho viento, Beto se encogió de hombros. Caminó por la misma cuadra de la peluquería de Horacio, de una esquina a la otra muchas veces. Reconocía los edificios de la cuadra, y también la vidriera, ese local tenía que ser la peluquería de Adela.
Volvió a entrar. Horacio estaba tiñendo el cabello de una mujer, desvió su mirada hacia Beto y esperó a que hablara.
—Por favor, disculpeme nuevamente. Está usted seguro que no está Adela aquí?—
—Segurísimo— Contestó Horacio.
Patricia escuchó a Beto desde un gabinete donde estaba terminando de pintar las uñas de los pies de una clienta. Movi6 el pincel por última vez y le indicó a la mujer que espere unos minutos a que seque la pintura antes de calzarse. Salió del gabinete y se acercó hacia Horacio, observando detenidamente a Beto.
—Qué pasa Horacio?—
—Nada mi amor, éste señor busca a su esposa y tiene mal la dirección—
—A quién busca?—
—Estoy buscando a Adela, ella trabaja aquí en la peluquería—
—Pero aquí no hay ninguna . . . — Su voz se perdió en un murmullo, entreabrió la boca y sintió un escalofrío que recorrió sus brazos, llegando hasta la parte baja de la espalda.
—Siéntese hombre, se lo ve cansado. Se siente bien?—
—Estoy un poco cansado, caminé mucho hoy—
—Quiere un tecito?—
—Si usted fuera tan amable, se lo agradecería.—
—Desde dónde viene?—
—Vengo desde la provincia—
—Vino solo?, caminando?—
—Si, caminé hasta pasar el puente Goyena y luego tomé un colectivo—

—Eso es bastante, son como cincuenta cuerdas, qué edad tiene?—
—Edad?... y... permítame ver... nació en...— Quedó en silencio, luego continuó: —En el quince, si no recuerdo mal— Patricia hizo la cuenta, se ayudó con las manos para contar las decenas, lo miró a Horacio y dijo: —Ochenta y ocho años?—
Al notar un temblor en sus brazos, le tomó las manos a Beto, estaban heladas.
—Qué comió hoy abuelo?—
—Nada, salí temprano hacia aquí—
—Quiérete pan con manteca?— Ofreció Patricia.
—Sí, si a usted no le molesta, se lo agradecería mucho—
—Espéreme un ratito que ya le traigo, Horacio fíjate si el señor necesita alguna otra cosa—
Patricia fue hacia la cocina, puso agua a calentar. Cortó unas rebanadas de pan, y mientras buscaba la manteca en la heladera entró Horacio diciendo: —Sabés quién es ese tipo?—
—... Horacio, ese hombre busca a Adela, la peluquera de enfrente—
—Enfrente?, que decís Patricia, si enfrente no hay ninguna peluquería—

El té caliente que le dio Patricia y el descanso le habían sentado bien, Beto estaba reanimado. Caminó varias cuerdas hasta una plaza y se sentó en un banco. Había olvidado la charla que momentos atrás había tenido con Patricia, pero se prometió a sí mismo volver a visitarla. Cada vez es más difícil encontrar gente amable, pensó.

El viento había sesado, pero el aire continuaba frío y seco. Una pareja de jóvenes estaban sentados en unas hamacas, se columpiaban lentamente. Cada tanto se detenían y se besaban, se acariciaban y se contemplaban el uno al otro. Beto miraba desde lejos, tenía lágrimas en los ojos. Mirando a esos adolescentes, veía su pasado. Los años no habían venido solos, lo habían hecho más sentimental y melancólico.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. La angustia lo invadió. Se sentía vacío y solo. Secó su rostro con la manga del saco.

—Estoy hecho un blandengue— Dijo, con dificultad se puso en pie, y buscó la parada de ómnibus.

El colectivo no tardó en llegar. Se sentó en el único lugar libre que quedaba, en la hilera de dos asientos, del lado del pasillo.

Patricia miró a Beto y dijo:
—Adela está muerta abuelo—
—Muerta?, cuándo murió?—
—Hace quince años, no se acuerda?—

—Se habrá equivocado de persona señora, cómo va a estar muerta?—

Patricia miró a Horacio, buscaba ayuda para darle la noticia a Beto. Pero Horacio, superado por la situación guardó silencio.

—Si abuelo, estuvo en el hospital como un mes o mas y al final Dios quiso llevarsela—

Beto bajó la cabeza, su mirada se perdió en las manchas oscuras de la cerámica del piso. Recordó las noches en la clínica, como si fueran imágenes de un sueño, imprecisas, sin relación entre ellas. Pero pronto cobraron nitidez.

—Adela . . . mi Adela . . . — Las voz de Beto se perdió en un susurro y sus pequeños ojos claros se llenaron de lágrimas. Apoyó su cabeza en el pecho de Patricia y rompió en llanto. Horacio estaba inmóvil, viendo como Patricia abrazaba y refregaba la espalda del desconsolado abuelo, que lloraba como un niño.

Patricia recostó a Beto sobre la hilera de asientos destinada a que la clientela espere su turno y bajó la persiana de calle. Unos momentos después, agotado, Beto se quedó dormido.

El conductor del colectivo levantó la vista, miró hacia atrás en los espejos que estaban al frente por sobre su cabeza y dijo:

—Chacarita, final del recorrido.

Los pasajeros bajaron. Beto se quedó arriba viendo a las demás personas bajar, confundido porque él quería volver al asilo. Pensó que se había confundido al subir, y tomado una línea equivocada. Bajó a la vereda. Adela estaba a unos pasos de distancia, esperándolo. Beto se quedó mirándola, atónito. Ambos fueron al encuentro del otro. Ella sonreió y extendió sus brazos hacia él. Los últimos rayos del sol iluminaban el cabello de Adela y sus ojos color de miel, que parecían tener luz propia. Beto la abrazó fuerte, sintiendo la tibieza de su rostro y el último rayo de luz se ocultó en el horizonte.